

Historia de una Sanación (II)

(Salamanca, Pascua 2012)

En el último momento, por el nerviosismo y el agotamiento, me fallaron las piernas y caí aparatosamente a sus pies, entonces, mi mano temblorosa, por no tocarle a El, acertó a tocar la orla de su manto. Al instante percibí una dulce oleada de calor 1 ue, entrando por mi mano, recorrió todo mi cuerpo y se detenía en mis sienes y en mi vientre, cerrando las heridas de mi cuerpo y de mi alma. Ya no era más a1 uella enferma impura y desahuciada; me sentía sana, vital, bella, feliz. Los sufrimientos y las angustias 1 ue hacía un instante me devoraban, se habían ido para siempre, lo mismo 1 ue el flujo de sangre. Sentí 1 ue volvía a ser la joven y bella esposa y madre 1 ue un día fui, y comencé a sollozar de felicidad, sin ganas de levantarme del suelo. Me sentía como ese niño en brazos de su madre 1 ue narra el



salmista: Dios me había bendecido y le estaba agradecida.

Entonces pude escuchar su voz entre el gentío: “¿Quién ha tocado mis vestidos?” (Mc.5,30). No era una voz airada o enojada, sino una voz esperanzadora, balsámica, cantarina, cómplice. Entre tanta gente 1 ue le rodeaba y le empujaba, había sido capaz de percibir mi tenue roce en sus vestidos. Yo creo 1 ue El lo estaba esperando, 1 ue me había atraído hacia sí y se alegraba por lo sucedido. Sentía 1 ue su pregunta no iba dirigida a la concurrencia, sino a mí, para hacerme notar la inmediatez de su respuesta a mi fe. Sin embargo, yo seguía en el suelo, me sentía descubierta e incapaz de levantarme y contestarle, no por El, sino por los 1 ue le rodeaban, y comencé a temblar como una hoja: si confesaba 1 ue había sido yo, una impura, la 1 ue le había tocado, me apedrearían por haberle expuesto a El, por haber expuesto a todos, a la impureza de mi sangre.

El, entonces, se giró y miró directamente hacia mí, tendiéndome su mano mientras dulcemente repetía, una vez más, como un padre 1 ue juega al escondite con su hija pe1 ueña, a1 uella misma pregunta: “¿Quién ha tocado mis vestidos?” Al escuchar a1 uella voz, me olvidé de todos, agarré fuertemente su mano y me dejé levantar por El, al tiempo 1 ue le decía, ya sin miedo: “He sido yo, Señor, la 1 ue te ha tocado” y el me respondía: “Hija mía, tu fe te ha salvado, vete en paz, y 1 ueda curada de tu enfermedad” (Mc.5,34); y yo, eternamente agradecida, sin dejar de mirar atrás, le obedecí y me apresuré a regresar a la casa de mi hermano, abrí el portal de golpe y mi hermano, 1 ue salió espantado ante semejante ruido, se 1 uedó estupefacto por el cambio obrado en mí; eso sí, no tuve 1 ue repetirle dos veces 1 ue me devolviera a mi casa en Jericó, pues, en un suspiro, tenía emparejada la carreta, ya 1 ue lo liberaba de su obligación hacia mí.

A1 uel día volví a la casa familiar transfigurada y radiante de felicidad; entré por la puerta principal con la cabeza bien alta, como la señora de la casa 1 ue era, ante la sorpresa y el estupor de todos, 1 ue me veían pasar sin reaccionar, como si vieran un espectro del pasado. Bus1 ué a mi niña por todas partes y, cuando te encontré, mi dulce Mariam, vida mía, aparté a la nodriza a un lado y te abracé largamente, por primera vez en doce largos años, sin 1 ue pudiera dejar de llorar, besar, sonreír y acariciar al mismo tiempo, y tú, 1 ue no me extrañaste, cada vez me apretabas más y te dejabas hacer, como si hubiera 1 ue recuperar el tiempo perdido. No sé cuánto tiempo estuvimos así, abrazadas la una a la otra, pero, después, te cogí en brazos y me

dirigí al despacho de vuestro padre, para darle la noticia. El, sorprendido por lo que veía y escuchaba, no sabía si abrazarme o salir corriendo; finalmente, ruborizado, se arrodilló ante mí, me pidió perdón, besó mi vientre y se me acurrucó contra él, abrazado a mí, como un niño frágil e indefenso, y me recobré, de pronto, a su perdida mamá, ... a su difunta esposa, después de mucho tiempo. Los tres volvíamos a estar de nuevo juntos y, esta vez, para siempre.

Sin embargo, siempre que El venía, yo volvía a coger mi viejo manto y a velar mi rostro, como por primera vez, para poder escuchar a mi Señor sin ser molestada; yo quería escuchar a Dios en labios de Aquel a quien debía mi vida y la felicidad de mi familia. Pero por aquellas salidas furtivas y la felicidad de mi rostro cuando volvía, terminaron por llamar la atención de vuestro padre, y un día me siguió y, al escuchar que era El quien pasaba rodeado por aquel gentío, muerto de curiosidad, pasó corriendo por delante de mí, sin reconocerme, y, como un niño, se puso a trepar al sicómoro que estaba a mi lado, para verle pasar, pues su estatura no daba para más. Tuve que contenerme la risa para no ser descubierta.

¡Qué sorpresa cuando el Señor se paró a sus pies y le llamó por su nombre: “Zaqueo, baja pronto” (Lc.19,5), como si le conociera desde siempre, y se invitaba a nuestra casa, sin que vuestro padre pudiera mediar palabra. ¡Eso sí, bajó más rápido y más contento de lo que había subido! Entonces me di a conocer, nos abrazamos y regresamos a casa, cogidos de la mano, a prepararlo todo. Aquel día, vuestro padre, tremendamente arrepentido, se deshizo de su proceder injusto y egoísta, devolvió lo que no era suyo y resarcó a los que había dañado con su proceder, volviendo a ser el justo israelita de antes y mucho más, dejó la recaudación de impuestos y comenzó a ser, conmigo, seguidor del Mesías, el Hijo de Dios; todavía recuerdo sus palabras: “Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo” (Lc.19,8). Con razón dijo el Señor que había llegado la salvación a nuestra casa (cfr. Lc.19,9).

Pasado algún tiempo, subimos a Jerusalén por la Pascua, con la esperanza de verle, pues nos dijeron que enseñaba en la Puerta Hermosa del Templo. Velada y embozada, como de costumbre, salí hacia el Templo y, en las cercanías de la Torre Antonia, me vi envuelta en un tumulto como el que solía rodearle a El, pues gritaban su nombre, pero, esta vez, más bullicioso, alterado y violento que de costumbre. Tras algunos forcejeos, logré colarme para ver que era lo que estaba pasando y me lo encontré allí mismo, a mis pies, ensangrentado, roto, plagado de espinas y con un inmenso madero aplastándole contra el suelo. El corazón se me encogió de la impresión y grité de espanto. La gente, por detrás de mí, entre burlas, me zarandeaba y tiraba del manto, me insultaba y golpeaba, para que me apartara y les dejara disfrutar de aquel horrible espectáculo, pero yo, zafándome del manto, me acerqué y me arrodillé decidida frente a El, ni la guardia se atrevió a detenerme.

Vi sus labios llagados, aquellos que hablaban de Dios, su rostro hinchado y tumefacto, sus ojos abultados y sellados por la sangre, que lo cubría todo, junto con la tierra, el sudor, los salivazos y otras sellandicias; sentí compasión por El y quise abrazarle, levantarle como El me levantó a mí, pero todo El era una dolorosa llaga y aquel tronco pesaba demasiado para mí; sólo se me ocurrió quitarme el velo y limpiar de sangre aquella carita amada que un día nos devolvió la vida. El, entonces, esbozó una sonrisa dolorida y, con la respiración agitada por la fatiga,



me dijo: “Berenice, ... un día, ... usaste la orla ... de mi manto ... para cortar ... el flujo ... de tu sangre ... y hoy ... con tu velo ... pretendes cortar ... el flujo ... de la mía ... ¡Bendita seas!, ... pero ... esta sangre ... necesita ... ser derramada ... para la salvación ... de todos; ... déjala fluir, ... lo purificará ... todo. Y tú, ... ¡ue me has ... socorrido ... en esta hora, ... guarda en ... tu velo ... esta imagen ... mía ... y vela ... con ella ... hasta ¡ue me veas ... resucitado”.

Entonces, me apartaron de un golpe y, a golpes le hicieron levantarse a El y seguir adelante. La gente, furiosa por lo ¡ue había hecho, comenzó a descargar su rabia contra mí, ¡ue, acurrucada en el suelo, defendía mi tesoro; cuando por fin me dejaron, medio muerta y sin poderme levantar, extendí mi velo y lo contemplé como la última cosa ¡ue vería en este mundo. Era una preciosa imagen suya la ¡ue me sonreía desde el lienzo con los ojos abiertos, como ai uella vez ante la sinagoga y, como ai uella vez, también, su sola contemplación, me dio la fuerza para levantarme y volver a casa, satisfecha por el bien realizado a mi Señor y Bienhechor: Su Sangre seguiría fluyendo para el bien de todos; la mía no, para el bien de los míos.

Cuando llegué a casa, me encerré en mi cuarto y contemple su rostro en oración hasta ¡ue resucitó, tal como El me había pedido, pero, esta vez, vuestro padre estaba conmigo y veneramos su rostro con gran amor, devoción y gratitud. Cuando resucitó, su rostro luminoso y sonriente surgió a través del rostro del velo y, después, todo El, hasta ¡ue su presencia llenó la estancia y nuestros corazones con ella. Se acercó a nosotros, ¡ue estábamos postrados ante El en adoración, nos hizo levantar y nos bendijo; después tocó levemente mi vientre estéril, capacitándolo de nuevo, y nos pidió ¡ue fuéramos a los Apóstoles y les diéramos testimonio de Su resurrección, dejándonos bautizar en su nombre, nosotros tres y el ¡ue habría de nacer ... ¡y ése eras tú, mi pei ueño Yeshua!, ¡ue llevas su nombre.

Y tú, hija mía, ¡ue llevabas el nombre hebreo de “Myriam”, en recuerdo de la hermana de Moisés, fuiste bautizada con el nombre arameo de “Mariam”, ¡ue ahora llevas, en honor a la Virgen, Madre de mi Señor, cuya amistad disfruté hasta ¡ue se fue con el Discípulo Amado a Efeso. En cuanto a mí, cuando me bautizaron, cambié mi antiguo nombre griego de “Berenice”, ¡ue significaba “la ¡ue trae la victoria”, por el latino de “Verónica”, ¡ue ya usaban conmigo los discípulos romanos, por ¡ue, aun ¡ue se parecía a mi antiguo nombre, en realidad significaba “verdadera imagen”, la imagen de mi Señor tatuada en mi velo. Vuestro padre, por su parte, decidió conservar el nombre de “Zai ueo”, por ¡ue el Señor le había llamado por él y era el recordatorio de su conversión, ya ¡ue significaba ai uello a lo ¡ue se sentía llamado a ser desde ahora: “honesto, puro, inocente”; no obstante, para marcar ai uel antes y después de su encuentro con el Señor, permitió ¡ue le bautizaran con el nombre de “Zakkai”, ¡ue es la forma hebrea de “Zai ueo”.

Queridos hijos, ésta es mi herencia, vuestra herencia. Ahora sabéis cuánto nos ha bendecido y amado Dios, por ¡ue sois cristianos y por ¡ue lleváis los nombres ¡ue lleváis; haceros dignos de ellos y merecedores de ese Reino ¡ue estáis ayudando a edificar ai uí en la tierra, para disfrutarlo un día, para siempre, en el Cielo prometido, en la presencia de nuestro Amigo y Señor resucitado, en la compañía de nosotros, vuestros padres, ¡ue creímos en El, la de vuestros hijos y nietos, y la de todos los ¡ue hayáis atraído a la Salvación de Dios con vuestra fe, entrega y compromiso cristianos. ¡Bienaventurados todos!

Os ama y os bendice vuestra madre. Verónica»

P. JUAN JOSÉ CEPEDANO FLÓREZ CMM

' .M. Cristo Yacente

Este ha sido uno de los peores años de mi vida, como a muchos otros nos ha tocado la crisis y las cosas no nos han ido nada bien; pero, a pesar de todo, ¡uearía agradecer a mi Cofradía y Agrupación Musical todo lo ¡ue han luchado para ¡ue mi marido y yo no nos hundiéramos y saliéramos del hoyo.

Gracias al tío Juli (como yo cariñosamente le llamo y el lo sabe), siguiendo por Albin, Javi, Gaspar, Marisa, al papa Chuchi y su familia, a mi Maroto, mis papas Simon y Pili, a mi pei ue Iris y a todos y cada uno de mis compañeros ¡ue siempre están ahí para sacarme una sonrisa y darme un abrazo o un beso.



También ¡uisiera pedirle perdón a mi sección de percusión, por¡ue a veces me pongo un poco seria o dura con ellos, pero espero ¡ue entiendan ¡ue desde ¡ue volví a la Agrupación en 2008, intento ¡ue siga siendo la mejor y ¡ue todos seamos uno, por eso es necesario ¡ue no vagueen y hagan las cosas todo lo bien ¡ue saben.

Quiero ¡ue sepáis ¡ue os ¡uiero y ¡ue sois una parte muy importante de mi vida y de mi familia, gracias a todos los componentes por ser como sois y aun¡ue haya momentos buenos y malos (como en todas las familias) tenemos ¡ue estar unidos siempre, soportando el calor y el frío, disfrutando de las alegrías, disgustándonos con los problemas y luchar por la Música ¡ue es lo ¡ue tanto nos gusta y por lo ¡ue creo ¡ue todos nos adentramos en este mundo de las Bandas de Semana Santa.



Este año también ha sido muy duro por la pérdida de un compañero “El tío Luis”, una persona entrañable, amigo de sus amigos y para mi uno mas de la familia. Me costó mucho despedirme delante de su féretro, creo ¡ue fue el peor día de mi vida y de todos los ¡ue estuvimos allí. Gracias por ser como eras, siempre te llevare en mi corazón.

Un beso y un abrazo muy fuerte para toda su familia, en especial para mi gran amiga, mi compañera, mi niña Esmeralda, ¡ue ya sabe ¡ue cuenta conmigo para lo ¡ue necesite.

Espero y deseo ¡ue sigamos unidos, ¡ue luchemos por seguir haciendo nuestra música y por¡ue la Agrupación Musical se supere día a día y una vez más: GRACIAS POR FORMAR PARTE DE MI VIDA.

ANA M^a RODRÍGUEZ MONDÓN
(Componente de la A.M. Cristo Yacente)

Las Celebraciones Litúrgicas de la Semana Santa en la S.I.B. Catedral de Salamanca

La Semana Santa es la conmemoración cristiana de los misterios de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús de Nazaret, siendo un período de intensa actividad litúrgica en el que las celebraciones adquieren especial importancia en todas las iglesias cristianas del mundo. En



nuestra Catedral estas celebraciones son presididas por nuestro Obispo:

La Conmemoración de la entrada del Señor en Jerusalén se inicia con la bendición de los ramos, que se celebra en la Catedral Nueva. Finalizada la proclamación del Evangelio se inicia la procesión hacia la Catedral Vieja, en la que los fieles asistentes participan imitando a los niños hebreos cuando salieron al encuentro del Señor, cantando el fervoroso "Hosanna".

Al llegar a la Catedral Vieja se celebra la Eucaristía.

El Miércoles Santo se celebra La Misa Crismal, en la cual el Obispo, que concelebra con los sacerdotes de la diócesis, consagra el Santo Crisma y bendice los óleos. Se trata de una manifestación de la comunión existente entre el Obispo y sus presbíteros en el único y mismo sacerdocio y ministerio de Cristo.

El Jueves Santo se celebra en la Catedral Vieja la misa vespertina "en la cena del señor". En esta celebración la Iglesia evoca aquella última Cena en la cual el Señor Jesús, instituyó la Eucaristía bajo las especies del pan y del vino y los entregó a los Apóstoles mandándoles que ellos y sus sucesores en el sacerdocio también lo ofreciesen.

Finalizada la homilía el Obispo, lava los pies a doce miembros de las cofradías y hermandades de Salamanca, recordando que Cristo, "no ha venido para que le sirvan, sino para servir".

Al finalizar la Eucaristía se traslada procesionalmente el Santísimo Sacramento hasta la Capilla del Santísimo de la Catedral Nueva donde permanece para la adoración de los fieles hasta la tarde del Viernes Santo.



El Viernes Santo no se celebra la Eucaristía, pero sí la Pasión del Señor en la que recordamos la muerte de Jesús. En la celebración se proclama la Pasión según San Juan y al finalizar tiene lugar la adoración de la Cruz en la que todos los presentes la veneran. Después de la

adoración de la Cruz se distribuye la comunión a los fieles, pues aun si ese día no hay Eucaristía, se comulga del Pan consagrado en la celebración del Jueves Santo.

En la Vigilia Pascual del Sábado Santo se bendice el fuego, se prepara el cirio y se anuncia el Pregón Pascual. Durante el canto del gloria se encienden las velas del altar y se tocan las campanas como símbolo de alegría por la Resurrección del Señor Jesús.

Finalizada la liturgia de la palabra tiene lugar la bendición del agua y el bautizo de los niños y catecúmenos que han estado preparándose para recibir el sacramento.

El Domingo de Resurrección es la fiesta más importante para todos los cristianos, y se celebra con una eucaristía en la Catedral Vieja en la que se enciende el cirio pascual que simboliza a Cristo resucitado. La celebración concluye con la Bendición Papal, concediéndose indulgencia plenaria de todos los pecados a los presentes en la celebración que, debidamente arrepentidos, hayan recibido los sacramentos de la reconciliación y la comunión.



JOSÉ MANUEL CASADO LORENZO